



Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América

**Tomo I. Jornadas I, II y III.
2005, 2006 y 2007.
“Casa Martín Alonso Pinzón”
Palos de La Frontera
Excmo. Ayuntamiento de Palos de la Frontera.
UNIA_Sede Santa María de La Rábida.**

un
i **≡**
A



¿Qué significó el IV Centenario del Descubrimiento de América? Una aproximación a la conmemoración en Palos de la Frontera y Huelva

Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América.

Tomo I: Jornadas I, II, III, 2005, 2006, y 2007. Eduardo García Cruzado (Coordinación).

Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2010. ISBN 978-84-7993-094-3. Enlace: <http://hdl.handle.net/10334/3417>

I. Introducción¹

En 1892, la sociedad española se dispuso a celebrar el IV Centenario del Descubrimiento de América. Poco se había hecho en el primer, segundo y tercer centenarios, pero a finales del siglo XIX, la empresa de Colón y sus hombres fue considerada como uno de los grandes eventos a conmemorar por la sociedad finisecular. Por numerosos países se extendió la necesidad de no desaprovechar el año mágico y mítico del 92, y en España cundió casi ansiosamente la necesidad de rememorar el descubrimiento para que la pujanza y proyectos de aquella época se restauraran en el presente conmemorador: la sociedad de finales del siglo XIX². Desde mediados de dicha centuria, varios obispos italianos y franceses quisieron hacer santo a Cristóbal Colón: mostrarlo como el enviado de Dios para salvar a la mitad del mundo. Pero esta glorificación pronto fue superada por los nuevos aires del siglo. Los seguidores del positivismo, escuela predominante en la segunda mitad del siglo decimonónico, habían inventado un calendario que, a imagen del religioso, permutase las celebraciones de santos y beatos por la de los hombres que hubiesen contribuido decisivamente al avance de la Humanidad. Su objetivo principal consistía en que la sociedad conociese las vidas de Galileo o Cervantes tan bien o mejor que los milagros de san Isidro Labrador o las rogativas a santa Rita. Había que educar a la sociedad en los mandamientos del progreso. La nueva religión positivista alentó –a imagen de la cristiana- nuevas procesiones (eso sí, cívicas), grandes catedrales del saber (las Exposiciones Universales) y un circuito cultural de lugares de peregrinajes laicos y científicos: ateneos, asociaciones, congresos, etcétera, que sirvieron para mostrar los avances reales en el saber de la humanidad. Y para gran parte de los pensadores españoles y extranjeros de finales de la centuria decimonónica, tanto en la configuración de la imagen de la tierra, como en la conexión de todos los pueblos del planeta y en el avance de la economía-mundo, nada había sido más importante que el capítulo inaugurado por el primer viaje colombino en 1492.

En España, el IV Centenario del Descubrimiento de América coincidió con un proceso de elaboración de la memoria colectiva que subrayó ciertas épocas y sucesos claves, privilegiando el reinado de los Reyes Católicos, reverenciados

¹ Este trabajo resume y completa otros anteriores sobre el IV Centenario que citaré sucesivamente y que parten de mi tesis de licenciatura, editada con el título 1892: *El IV Centenario del Descubrimiento de América en España*, Madrid, CSIC, 1987.

² Sobre la necesidad del pasado, sus beneficios y cargas, véase David Lowenthal, *El pasado es un país extraño*, Madrid, Ediciones Akal, 1988, pp. 71 y ss.

como creadores de la nación española³. Además, si la memoria era considerada como la fuente de toda identidad, se va a construir la española como cabeza y madre de una comunidad de naciones hispánicas en torno a tres ideas: la lengua, la religión y el glorioso pasado imperial. La España de 1892 se vuelca con el Centenario no sólo como un ejercicio erudito y de rescate del ayer, sino como una viga maestra en la construcción de la identidad nacional y una apuesta por la superación del aislamiento y el ostracismo internacional con solo la comparación del momento de la conmemoración con el conmemorado. Ingenuamente se piensa que la simple evocación de la época transmitiría por mimetismo las energías y objetivos de antaño al decadente presente. A tan solo un sexenio de la crisis del 98, los negros nubarrones aparecen ya en el horizonte. El noventa y dos será solo un paño de agua en la “enferma” península ibérica. Antes de describir los principales actos del IV Centenario, quisiera recordar que fue la primera conmemoración (no directamente religiosa) planteada a nivel mundial. Gracias a la intervención del Vaticano fue celebrada en todas las iglesias y catedrales del mundo; pero, además, se sumaron, de diferente forma, todos los países americanos, los europeos y algunos asiáticos.

Convencida de estar viviendo un momento histórico, la España de finales de siglo se dispuso a festejar la efeméride a pesar de la escasez de fondos. Los artículos y editoriales de prensa de la época muestran la desilusión popular por la diferencia entre la publicidad y los eventos, entre las promesas de grandes acontecimientos y la estrecha realidad que vivieron muchos españoles. A pesar de ello, hubo cientos de festejos en todo el país y las autoridades se esmeraron por ofrecer a los vecinos alguna novedad en los programas habituales de celebraciones locales. En lo que están de acuerdo la mayoría de los que vivieron los largos meses del 1892 es en la multiplicación de los escritos, las conferencias, los congresos y las exposiciones que trataban de los pueblos y naciones de América. Se generalizó la necesidad de rememorar lo que fue el pasado español del continente, de rehacer la memoria histórica para superar la postración del presente y abonanzar el futuro. Desde los más variados sectores sociales, surgieron numerosas voces y proyectos que pidieron el fortalecimiento de los lazos y la recuperación de una posición de liderazgo en el mundo latino.

El IV Centenario ayudó considerablemente a impulsar y consolidar las relaciones con Iberoamérica y a esbozar un futuro común⁴. Durante esos meses

³ José Álvarez Junco, Mater Dolorosa. *La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 45 y ss.

⁴ Recientemente, la Fundación Maphre/Tavera ha editado electrónicamente los originales de esta documentación que se conserva en el Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores. Véase *Primeros Tratados Diplomáticos* (2005). El CD contiene una introducción histórica de Juan Carlos Pereira Castañares: “El establecimiento de relaciones con los estados iberoamericanos”.

se inventaron y rediseñaron numerosas imágenes, símbolos, mitos y ceremonias para plasmar la comunidad de pueblos hispánicos. Nunca como hasta entonces se preocupó la sociedad española de conocer América y de construir un mundo ibérico. Durante muchos años, la conmemoración quedó en la memoria colectiva de varias generaciones de españoles, que guardaron los periódicos y publicaciones de 1892 o recordaron los actos a los que asistieron en memorias y diarios. Además, la fiebre hacia todo lo americano que se extendió por la península fue el cimiento tanto del americanismo universitario como de la dimensión cultural de la política exterior del siglo XX⁵. En un magnífico artículo de hace unos años, el profesor José Carlos Mainer resaltó la dimensión hispanoamericanista del regeneracionismo español finisecular, doctrina que movilizó a un grupo importante de escritores y políticos, muchos de los cuales participaron activamente en los fastos de 1892. Sin embargo, los protagonistas de este celebre año no partieron –como tantos otros procesos históricos- de cero, sino que continuaron con una silenciosa labor de restablecimientos de los vínculos con Hispanoamérica⁶.

Al hablar de la potenciación de las relaciones con América, hay que destacar la figura del gaditano Segismundo Moret (1838-1913), quien en su intento de sacar a España del aislamiento y la indiferencia hacia lo exterior impulsó la consolidación de los lazos hispanoamericanos. Según el conde de Romanones: “antes que ningún otro, él se dio cuenta de todo lo que significaba la América Latina para España”⁷. Moret escribió una circular a las embajadas de España, fechada el 14 de mayo de 1886, en la que señaló como objetivo del gobierno: “El trato constante y la franca amistad ofrecida a los representantes de los países de la América Latina”. La preferencia afectuosa de estos países se convirtió en la línea de conducta más recomendada. Moret creía en el establecimiento de lazos comerciales, en la fijación de normas comunes de actuación, pero también en el aumento del prestigio de nuestro país en las distintas repúblicas con el fin de cerrar heridas y abrir una nueva época de colaboración. Según Moret, no se podía influir en la cultura y la marcha de las antiguas colonias españolas sin que su metrópoli alcanzase aquel

⁵ Sobre la acción cultural en el exterior durante las primeras décadas del siglo XX, véase Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid, CSIC, 1992, pp. 9-70.

⁶ José-Carlos Mainer, “Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892-1923)”. En: *VII Coloquio de Pau. De la crisis del Antiguo Régimen al franquismo*, Madrid, Edicusa, 1977, pp. 149-203.

⁷ Segismundo Moret y Prendergast nació en Cádiz el 2 de junio de 1833. Fue Ministro de Ultramar en el gabinete presidido por el General Prim (1870) y de Hacienda en el primer gobierno de Amadeo I (1871). En 1875 fundó el Partido Democrático-monárquico, que en 1882 se fusionó en Izquierda Democrática. Un año después fue nombrado ministro de Gobernación con el liberal José Posada Herrera y en 1885 colaboró con Práxedes Sagasta como ministro de Estado (1885-1888), Gobernación (1888, 1901 y 1902), Fomento (1892) Estado (1892 y 1894) y Ultramar (1897-1898). Fue presidente del Gobierno entre 1905 y 1906 y durante unos meses de 1909. Por último, en 1912 fue nombrado presidente del Congreso de los Diputados. Murió en Madrid el 28 de enero de 1913.

grado de prestigio y de respeto que fomenta las simpatías. Fruto de esta política de prestigio fueron: primero, la creación del Museo y Biblioteca de Ultramar, en 1888, instituciones gubernamentales fundadas a partir de las colecciones adquiridas para la Exposición General de Filipinas (1887) y la colección de libros coloniales de Pascual Gayangos; segundo, el papel de España de árbitro en las cuestiones de límites, como el litigio entre Venezuela y Colombia, cuyo laudo se dictó en 1891, y tercero, la defensa de intereses hispanoamericanos ante terceros, como en el conflicto entre Colombia e Italia, o la defensa de un súbdito argentino en Tánger.

Las acciones oficiales fueron apoyadas, e incluso precedidas, por otros sectores. En el *Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil*, celebrado en Madrid entre el 4 y el 12 de noviembre de 1883, se discutieron los medios de fomentar las relaciones con Hispanoamérica, conjuntamente con la petición de reformas para las Antillas y la elaboración de un plan de acción colonizadora de España en África y Asia. Los congresistas también reclamaron la redacción de tratados comerciales con el fin de proveer de mercados a la producción antillana y peninsular, de suministrar abundantes fletes a nuestra marina mercante y, en general, de estrechar los lazos que unían a la nación española con aquellos pueblos hermanos. Esa petición interesada de unidad está detrás de la fundación de la *Unión Iberoamericana* en 1885, que contó con filiales en México, Quito, Río de Janeiro, Montevideo, Caracas, etcétera, a partir del año siguiente. Cancio Villamil como presidente y Jesús Pando del Valle como secretario fueron los principales animadores de esta sociedad, detrás de la cual corrían intereses económicos y comerciales, como lo demuestra el hecho de que su mayor patrocinador y mecenas fuese el marqués de Comillas, propietario de la Trasatlántica⁸.

Como ya he señalado, las relaciones culturales ocuparon un lugar primordial a lo largo del siglo XIX, impidiendo que se consumara la ruptura entre España e Iberoamérica. A la labor de novelistas, poetas, críticos, filósofos, historiadores, abogados y periodistas, se sumó el quehacer de las Reales Academias de la Lengua establecidas a lo largo y ancho del continente a partir de 1871, año en el que se fundó la primera, en Colombia. En la década de los ochenta se crearon cuatro nuevas: la venezolana (1883), la chilena (1885), la peruana (1887) y la guatemalteca (1887). Además, aumentaron los miembros correspondientes de la española hasta en ciento treinta y cuatro personas.

Dentro del periodismo, hay que señalar el aumento del interés por América, que se tradujo en la aparición de revistas americanistas, como *La América* (1857-1874; 1879-1886) o *La Unión Iberoamericana* (1886-1926). También secciones

⁸ Isidro Sepúlveda Muñoz, *La Unión Ibero-Americana*, 1884-1936, Madrid, UNED, 1988.

permanentes, como es el caso de *La España Moderna*, que contó con una “Revista Ultramarina” a partir de junio de 1889, dirigida por el poeta y bibliófilo Vicente Barrantes y Moreno. Un espacio considerable de estas secciones estuvo dedicado a publicar reseñas y ensayos sobre las obras contemporáneas de poetas y novelistas iberoamericanos, contribuyendo a difundir la literatura del Nuevo Mundo en España y el resto de Europa. En esta labor destacan tres escritores excepcionales: Juan Valera, Leopoldo Alas Clarín y Marcelino Menéndez y Pelayo.

Por último, otra cuestión coyuntural también ayudaría a fomentar la relación entre España y las antiguas colonias: el imperialismo norteamericano. Los intentos de consolidar una tutela panamericana, dirigida y controlada por los Estados Unidos, despertó numerosos recelos en la América al sur del río Bravo. Los países de herencia latina buscaron unirse para frenar la amenaza que suponía el poderío yanqui. Surgieron, así, numerosas voces que pidieron revisar y potenciar los lazos culturales, religiosos, de tradiciones entre ambos lados del Atlántico y extenderlos a la política, la economía e, incluso, la unidad política. Esta familia panamericana tenía sus ventajas para España, pues tenía el atractivo de unir en un mismo programa a los liberales y los conservadores. Era conservador en la medida que reivindicaba un pasado glorioso y rechazaba la leyenda negra, y era liberal porque proyectaba ese legado hacia el futuro y buscaba una regeneración de España en una comunidad atlántica en la que nuestro país recobraría sus potencialidades y abriría renovadas perspectivas para los intelectuales, los comerciantes, los industriales, los emigrantes y los políticos⁹.

II. Encuentros y desencuentros de los programas conmemorativos

En este marco de rivalidad entre los pueblos latinos y anglosajones se desarrollarían los actos del IV Centenario. Es curioso que la primera noticia que he encontrado de esta conmemoración sea una consulta del embajador norteamericano ante la reina regenta María Cristina de Austria para pedir información sobre lo que España preparaba para celebrar 1892. En la respuesta del 15 de julio de 1887, el ministro de Estado, Segismundo Moret, indicó que todavía no se había cerrado el programa de actos, proyecto en el que sería consultado el duque de Veragua, heredero legítimo del glorioso navegante, pero le anunciaba las siguientes decisiones: “*Primera*.- Que España tomará la iniciativa para la celebración, de la manera más solemne, del Centenario del Descubrimiento de América en 1492. *Segunda*.- Que al efecto invitará a todas las naciones que pueblan los territorios descubiertos por Colón a que tomen parte en esta solemnidad. *Tercera*.- Que

⁹ Carlos María Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*, México, FCE, 1982, p. 175.

España está dispuesta, al mismo tiempo, a tomar parte en cualquiera demostración análoga que pueda verificarse en el continente americano para conmemorar el gran acontecimiento”.

A partir de ese momento, el Centenario se convirtió en un torneo honorífico, donde España y los Estados Unidos buscaron la potenciación de sus respectivas influencias en los países hispanoamericanos. La posición de España, evidentemente débil en relación con los norteamericanos, buscó una mayor eficacia junto a Portugal, pero de nuevo surgió otro competidor, esta vez más cercano. Italia, recientemente creada y necesitada de glorias comunes, vislumbra el Centenario como una oportunidad única para exaltar la patria común. Siendo Cristóbal Colón hijo de aquella tierra, los italianos se aprestaron a ensalzar al gran navegante¹⁰. En resumen, intereses contrapuestos, búsqueda de prestigio, imperialismo en boga, reafirmación nacionalista y deber histórico se darán cita en 1892, cala a través de la cual podemos analizar la coyuntura internacional del momento, pero que sirvió también para cimentar el primer americanismo español.

En cuanto a los responsables, hay que distinguir una primera fase de los preparativos (1888-1891), que se caracterizó por la ineficacia de la *Comisión del Centenario*, creada por Sagasta y presidida por el duque de Veragua. Estaba compuesta por un centenar de vocales, representantes del ejército, la iglesia, los tribunales, la política, las cámaras de comercio y la cultura (Reales Academia y Sociedades Geográficas): un abigarrado conjunto que apenas pudo reunirse y ponerse de acuerdo. Sus propuestas fueron escasas: un concurso internacional para escribir una nueva *Historia de América*, otro para levantar un monumento a Isabel la Católica en Granada y un tercero para erigir un arco de triunfo en Barcelona. Frente a la ineficacia gubernamental, surgieron diferentes iniciativas de la sociedad civil y muchas protestas por parte de ayuntamientos y sociedades culturales de Huelva, Sevilla y Granada, que pedían mayor protagonismo en los actos.

La segunda fase (1891-1893) está dominada por la figura del político e historiador malagueño Antonio Cánovas del Castillo, quien contribuyó decisivamente a la celebración del Centenario, creando una *Junta* más reducida y eficaz que la primera Comisión de 1891. La dotación del gobierno se incrementó de las 600.000 pesetas del bienio 1889-1891 al cerca del millón y medio del año siguiente. Cánovas reorientó la conmemoración hacia temas culturales, principalmente en torno a las exposiciones y los congresos, e impulsó la celebración de los actos centrales de 1892 en la provincia de Huelva. Junto a Antonio Sánchez Moguel, fundador

¹⁰ Salvador Bernabéu Albert, “El IV Centenario del Descubrimiento de América en la coyuntura finisecular (1880-1893)”, *Revista de Indias*, XLIV, 174 (1984), pp. 345-366.

de la sección de Historia del Ateneo madrileño y el marino e historiador Cesáreo Fernández Duro, impulsor de la revisión histórica del genovés y sus compañeros de viaje, fue la figura más importante del IV Centenario. A ellos se les unirían posteriormente Juan Valera, Emilia Pardo Bazán, Marcelino Menéndez y Pelayo, Emilio Castelar, Luis Vidart, Pi y Margall y un largo etcétera de personalidades de la vida cultural y política de la España finisecular.

Pero de todos ellos destaca por su preparación intelectual y sus cargos claves en la España de la Restauración el político Antonio Cánovas del Castillo¹¹. Nacido en Málaga en 1828, el futuro estadista era hijo de un maestro llamado Antonio Cánovas y de Juana del Castillo. Fallecido el padre en 1843, su viuda encomendó al joven Antonio a un primo suyo, famoso articulista, quien le buscó una ocupación en Madrid. Su primer empleo fue en las oficinas del ferrocarril Madrid-Aranjuez, y con el salario consiguió mantenerse en la capital y graduarse en Jurisprudencia en 1851. Pronto empezó a relacionarse con los políticos y literatos más importantes de la época y a participar en las tertulias madrileñas, simpatizando con los moderados. Su llegada a la escena política se produjo en 1885 con la sublevación militar de Leopoldo O'Donnell, Domingo Dulce, Ros de Olano y otros generales. Cánovas redactó el *Manifiesto de Manzanares*, una especie de programa político de los alzados. Durante el Bienio Progresista (1854-1856) fue diputado a Cortes por Málaga, viajó a Roma como Agente de Preces ante la Santa Sede y trabajó en la Dirección General de la Administración Local. En 1858 fue elegido para ocupar la Subsecretaría de Gobernación y en 1864 ocupó su primer puesto ministerial en la cartera de Gobernación durante el gabinete presidido por Alejandro Mon. En el gobierno de O'Donnell (1865) se hizo cargo de la cartera de Ultramar, impulsando varias reformas políticas y administrativas, pero negando la posibilidad de independencia para Cuba, Puerto Rico y las islas Filipinas.

A la vez que iba ascendiendo en el mundo político, Cánovas fue engrosando un currículum histórico y literario de gran interés. En 1852 se editó su primera novela *La campana de Huesca. Crónica del siglo XII*, a la que seguirían varias obras poéticas, numerosos discursos y reconocidos estudios históricos, como la *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento de Felipe III al trono hasta la muerte de Carlos II* (1854) o los *Estudios del reinado de Felipe IV* (1888). Estos trabajos le valieron su ingreso en la Academia de la Historia, en la Real Academia Española (1867) y en la Matritense de Jurisprudencia (1893). Durante su vida, Cánovas escribió más de doce mil páginas. Denostados por unos (Clarín) y defendido por otros (Menéndez Pidal o Galdos), sus contemporáneos lo conocieron como *el monstruo* por su sagacidad y la gran capacidad de trabajo¹².

¹¹ Sobre la vida, véase José Antonio Piqueras, *Cánovas y la derecha española: del magnicidio a los neocon*, Barcelona, Península, 2008.

¹² La Fundación *Cánovas del Castillo* editó las *Obras Completas* del estadista malagueño con motivo del centenario de su muerte. Los trece volúmenes de la magna empresa contienen el conjunto de sus escritos y, como material inédito, sus intervenciones parlamentarias, extraídas

Alejado de la política activa durante la primera República, se convirtió en el principal artífice de la restauración de la dinastía borbónica en la figura de Alfonso XII, que fue proclamado rey a finales de 1874. El nuevo monarca ratificó a Cánovas como presidente del gobierno, quien pactó con el liberal Práxedes Mateo Sagasta la alternancia en el poder de los partidos conservador y liberal en un sistema de monarquía parlamentaria consagrada por la Constitución de 1876¹³. Este sistema permitió la regencia de la reina María Cristina de Habsburgo-Lorena a la muerte de Alfonso XII por el pacto de El Pardo (1885). Cánovas fue el jefe del gobierno durante los años 1876-1881, 1883-1885, 1890-1892 y 1895-1897¹⁴. El 8 de agosto de este último año murió asesinado por el anarquista italiano Miguel Angiolillo en el balneario de Santa Águeda (Guipúzcoa).

Durante el IV Centenario, la presencia de Cánovas fue muy importante. En buena parte de los actos, la presencia del malagueño fue imprescindible por su saber y sus famosas dotes de orador. “Cánovas, que no era joven –escribió Francos Rodríguez-, al cual abrumaban entonces las responsabilidades del Poder, podía pronunciar ante varios, difíciles y doctos auditorios, en poco espacio de tiempo, varias oraciones elocuentes y doctrinales”¹⁵.

III. Las fiestas onubenses y el protagonismo paleño

Durante los preparativos del Centenario (1888-1891) se produjo una importante mutación en el objeto de éste. Iniciado como *Centenario de Colón*, en el que predominaba una visión romántico-religiosa del Almirante, fue poco a poco deslizándose a un *Centenario del Descubrimiento de América*, de contenido más amplio, en el cual se incluían los gestores y compañeros de la empresa colombina, y se consideraba el viaje de 1492 como el cenit de un proceso iniciado por los portugueses en los albores del siglo XIV. Un tercer *Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo* tuvo su origen en la polémica suscitada entre los dos primeros y vino a acentuar el contenido del segundo, además de recoger la protesta de España ante la conmemoración de un centenario personal del Almirante en otros

de los *Diarios de Sesiones* del Congreso de los Diputados y del Senado. Los coordinadores fueron José María García Escudero y Mario Hernández Sánchez-Barba. Para una valoración de su escritura, véase Luis Blanco Villa, “El escritor Cánovas del Castillo”, *Boletín de la Biblioteca del Ateneo*, IIª época, Año III, nº 12, junio de 2002.

¹³ Para un análisis del sistema de la Restauración, véase Javier Tussell y Florentino Portero Rodríguez, *Antonio Cánovas y el sistema político de la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

¹⁴ Un análisis detallado de estos gobiernos en Ángeles Lario, *El rey, piloto sin brújula. La Corona y el sistema político de la Restauración, 1875-1902*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

¹⁵ José Francos Rodríguez, *Cuando el rey era niño. De las memorias de un gacetero, 1890-1892*, Madrid, Imprenta de J. Morales, 1895.

países, donde la gloria de la nación que hizo posible el descubrimiento quedaba olvidada o vilipendiada.

En esta precisión del contenido del Centenario a celebrar, tuvo un protagonismo decisivo la labor del marino e historiador Cesáreo Fernández Duro (1830-1908)¹⁶. En 1875 y 1880 había ya dedicado sendos artículos al aniversario de la muerte de Colón y a la conmemoración de la partida de las naves colombinas del puerto de Palos, pero fue a partir de 1883, con su obra *Colón y Pinzón. Informe relativo a los pormenores del descubrimiento del Nuevo Mundo*, presentada a la Real Academia de la Historia, cuando inició su gran labor de esclarecedor de la época del Descubrimiento. Contrario a la visión romántica que predominaba de Cristóbal Colón, censuró el libro de Roselly de Lorgues, que gozaba de gran popularidad, y frente a un Centenario personalista señaló en un popular artículo que: “España habrá de enaltecer entonces primero y ante todo a España, por aceptar la gran empresa, para la cual las otras carecían de aptitud y arrojo; a los Reyes Católicos, representantes de su unidad, árbitros de la iniciación del viaje; a los monjes de la Rábida y los magnates que elevaron hasta las gradas del trono al extranjero de la capa raída, zaherido de loco, a los marineros de Palos que pusieron en sus naves vidas e intereses”¹⁷. Con gran decisión, Fernández Duro apoyó la candidatura de Huelva como sede de las solemnidades centenarias, iniciando una campaña para conseguir el apoyo institucional y gubernamental. Para don Cesáreo, La Rábida era el verdadero símbolo del Centenario del Descubrimiento de América a celebrar y criticaba, en consecuencia, la celebración de un centenario *personalista* y dividido en múltiples sedes. El 30 de junio de 1890 publicó en la *Revista Contemporánea* un importante artículo, con el seudónimo de *Hardt* (Duro en inglés), donde se preguntó: “¿Es el centenario de Colón?”. Su repercusión aumentó al editarse en forma de folleto¹⁸, iniciando una interesante polémica sobre lo que se debía conmemorar.

El escritor Francisco Barado comentó en *La Vanguardia* que: “Comparar a la Rábida cuando de celebrar se trate el centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, con Granada, con Barcelona o con Valladolid será siempre un delito de lesa historia; postergarla y olvidarla en tal circunstancia es un crimen de lesa ingratitud [...] Anteponer esas ciudades, que no representan más que casuales detalles del hecho que se ha de conmemorar, a aquellos que constituyen el principio, los medios

¹⁶ Salvador Bernabéu Albert, “Cesáreo Fernández Duro, americanista”, *Cuadernos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, nº 6 (1990), pp. 49-56.

¹⁷ Cesáreo Fernández Duro, *Colón y Pinzón. Informe relativo a los pormenores del descubrimiento del Nuevo Mundo*, Madrid, Tello, 1883.

¹⁸ Cesáreo Fernández Duro, “¿Es el Centenario de Colón? Carta dirigida al Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada, enumerando documentos apócrifos que se han publicado con referencia al Descubrimiento del Nuevo Mundo”, *Revista Contemporánea*, LXXIX (1980), p. 130. Artículo también editado en folleto en Madrid, Imprenta de Manuel Hernández, 1890.

y el fin del acontecimiento, eso no puede callarse sin acusar el agravio”¹⁹. En 1891 ganó el certamen literario convocado por la Sociedad Colombina Onubense con un trabajo con el lema *Nadie es profeta en su tierra*, y que correspondía a la memoria: “Juicio crítico acerca de la participación que tuvieron en el descubrimiento del nuevo continente los hermanos Pinzón, condiciones bajo las cuales tomaron parte en la expedición y causas que motivaron la separación de Martín Alonso”²⁰, que terminaba con los versos “Por España halló Colón, Nuevo Mundo con Pinzón”, y en donde defendió el papel fundamental del marino paleño en la organización y desarrollo del viaje colombino, desterrando la leyenda de su hostilidad y envidia. Para Fernández Duro, simplemente “sin Martín Alonso Pinzón no se hubiera descubierto [América]”.

Las peticiones de Huelva, centradas principalmente en la reconstrucción del monasterio –para lo cual se demandaron 150.000 pesetas- y la inauguración de un monumento conmemorativo, también fueron apoyadas por Alfredo Opisso desde las páginas de *La Ilustración Ibérica*, señalando que: “Todo el lugar de la acción estuvo en la Rábida y en Palos”²¹. Pero no faltaron las notas discordantes y contrarias a la unicidad de la candidatura onubense. Luis Morote escribió en *El Liberal*: “Una de dos: o el criterio es el que las fiestas se den donde estuvo el Cristóbal Colón pobre y miserable, o el criterio es que las fiestas se celebran al mismo tiempo en todas las ciudades cuyo nombre va unido a la gran historia del descubrimiento [...] O de lo contrario el Centenario debe instalarse como centro natural de todas sus solemnidades en Palos [...] Cuando se perpetúa un hecho histórico debe hacerse con todas las circunstancias de lugar y tiempo ...”²². Estas opiniones, unidas a la labor constante de la Sociedad Colombina Onubense y a la de escritores como Fernández Duro, calaron en buena parte de la sociedad de la época, que aplaudió la decisión de concentrar en Huelva las principales celebraciones oficiales del noventa y dos.

La elección de Huelva, y en especial de Palos y La Rábida, como marco para conmemorar el IV Centenario durante el mes de octubre, amén de aprovechar las fiestas de agosto que venía realizando la Sociedad Colombina desde su fundación en 1880, tuvo como gran defensor al viejo líder conservador Antonio Cánovas del Castillo, quien, mediante un real decreto de 9 de enero de 1891, creó la Junta del Centenario, indicando que: “es imposible desconocer que Huelva,

¹⁹ Francisco Barado, “Centenario de Colón”, *La Vanguardia*, nº 1570, Barcelona, 2 de septiembre de 1890.

²⁰ *Sociedad Colombina Onubense. Memoria correspondiente al año de 1891*, Huelva, Imp. y Lit. de la Viuda e Hijos de Muñoz, 1891, pp. 1-74.

²¹ Alfredo Opisso, “En, con, pos, sin, de, sobre el IV Centenario”, *La Ilustración Ibérica*, nº 402, Barcelona, 13 de septiembre de 1890, p. 583.

²² Luis Morote, “Las fiestas de Huelva”, *El Liberal*, Madrid, 3 de agosto de 1892.

con su inolvidable aunque modestísimo Monasterio de Santa María de la Rábida y su vecina playa, más bien que puerto, de Palos de la Frontera, donde Colón halló asilo, alientos, recursos y hombres que le acompañasen y secundasen, partiendo de allí asimismo las primeras naves que directamente arribaron al Nuevo Mundo, merece de parte del Gobierno singular atención. Logrado está ya que aquel suelo y aquel brazo de mar sean recorridos en los primeros días del Centenario por los doctos miembros del Congreso de Americanistas, que celebrará entonces su nona reunión”²³.

Cánovas del Castillo dispuso que tanto el aniversario de la partida de las naves colombinas como el IV Centenario del Descubrimiento, el 12 de octubre de 1892, tuviese en la provincia onubense, en su capital, en Palos de la Frontera y en La Rábida el principal escenario. Don Antonio presidió la Junta organizadora de este Congreso desde el 30 de octubre de 1890. A ello añadiremos su nombramiento –el 5 de noviembre de ese mismo año– como socio protector de la Sociedad Colombina Onubense²⁴ y su adhesión a las nuevas tendencias historiográficas colombinistas (escuela realista) mediante una conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el 11 de febrero de 1891 con el título: “Criterio histórico con que las distintas personas que en el descubrimiento de América intervinieron han sido después juzgadas”²⁵.

Para preparar los actos centenarios se trasladó a Huelva, en el mes de febrero de 1891, una comisión de alto nivel integrada, en otras personalidades, por el ministro de Fomento, Santos de Isasa, el ministro de Ultramar, Antonio María Fabié, el Director General de Obras Públicas, el Director de Agricultura y Comercio, el arquitecto Ricardo Velásquez y los historiadores Justo Zaragoza y Antonio Asensio. Los principales objetivos de esta delegación oficial fueron la restauración de La Rábida, la construcción de un muelle en el río Tinto y la elección del emplazamiento de un monumento conmemorativo del IV Centenario. El histórico convento, tras el abandono de los franciscanos en 1835, sufrió constantes y graves deterioros, llegándose incluso a ordenar su derribo con excepción de la iglesia. En 1854 fue visitado por los duques de Montpensier, quienes abrieron una cuenta para su restauración, y en 1876 por Alfonso XII. Desde 1854 fue declarado monumento nacional, edificándose varias habitaciones en la parte superior y comprándose las

²³ Jesús Pando y Valle, *El Centenario del Descubrimiento de América*, Madrid, Rivadeneyra, 1892, p. 209.

²⁴ *Sociedad Colombina Onubense. Memoria correspondiente al año de 1891*, Huelva, Imp. y Lit. de la Viuda e Hijos de Muñoz, 1891, p XLVII. En la misma fecha se proclamó socio protector al arzobispo de Sevilla, Benito Sanz y Forés.

²⁵ Antonio Cánovas del Castillo, *Criterio histórico con que las distintas personas que en el descubrimiento de América intervinieron han sido después juzgadas*, Madrid, Rivadeneyra, 1892.

tierras y huertas inmediatas. Al aproximarse el IV Centenario, el gobierno confió su restauración al arquitecto y profesor Ricardo Velásquez Bosco, quien siguió patrones mudéjares, lo limpió de posteriores adiciones y construyó una carretera y un jardín para embellecer el lugar, cuyos terrenos se compraron al duque de Alba. El propio Velásquez fue el encargado de levantar un monumento dedicado al Descubrimiento, que fue inaugurado por la Reina Regente y Alfonso XIII. Tras las fiestas centenarias, los franciscanos ocuparon de nuevo el histórico convento (1919) y tanto éste como el monumento pasaron a disposición del Ministerio de Fomento por real decreto del 27 de junio de 1893²⁶.

Si la presencia de Cánovas en la preparación del Centenario fue decisiva, -inaugurándose una intensa labor de preparación de exposiciones, congresos, acción diplomática exterior, etcétera-, no debemos olvidar la iniciativa local. Así, el día 5 de octubre de 1890, el Ateneo onubense –en colaboración con la Sociedad Colombina- convocó una gran manifestación a la que acudieron cientos de personas, gremios, asociaciones y varias bandas de música. El presidente ateneísta, Martín Vázquez, pronunció un elocuente discurso de defensa de la ciudad en la empresa colombina y leyó varias cartas de adhesión. Después le siguieron en la palabra los señores Marchena y Cabañas, ambos socios de la Colombina. A propuesta de este último se tomaron por aclamación algunos acuerdos y se aprobó una exposición a la Reina Regente, que redactó José Rodríguez, vicepresidente de la sociedad. Después, todos los reunidos marcharon en manifestación a las oficinas del gobierno civil con objeto de dar cuenta del acto a la primera autoridad de la provincia, rogándole pusiese lo ocurrido y los acuerdos tomados en conocimiento del gobierno central. Con la Comisión organizadora a la cabeza, precedida de músicas y banderas, cuatro o cinco mil personas se dirigieron al gobierno civil. Desde uno de sus balcones, el gobernador, Patricio Aguirre de Tejada, saludó a los manifestantes y les dirigió un breve discurso que terminó con las siguientes palabras: “El pueblo de Huelva ha dado una prueba de virilidad defendiendo sus santas tradiciones. ¡Honor a los que tan bien saben rendir culto a lo bello, lo bueno y lo grande!”²⁷.

A la iniciativa del Ateneo y la Sociedad Colombina se sumaron otras corporaciones y sociedades, como el Club Recreativo, el Club de Regatas, etcétera, e incluso se creó una Junta del Comercio y la Industria especialmente diseñada para preparar los festejos en la capital y la provincia onubense. Para coordinar todas las acciones (locales, provinciales, nacionales e internacionales) se estableció una junta local compuesta por todos aquellos que podían aportar algo.

²⁶ Decretado su derribo por el gobierno de Narváez, el monasterio permaneció en pie gracias a la determinación de Mariano Alonso Castillo, gobernador civil de Huelva.

²⁷ *Sociedad Colombina Onubense. Memoria correspondiente al año de 1891*, Huelva, Imp. y Lit. de la Viuda e Hijos de Muñoz, pp. XIV-XV.

Por parte del ayuntamiento, el alcalde Rafael López Hernández, el primer teniente de alcalde Francisco de Paula García y los concejales Horacio Bell y Román y Manuel Cabrera. De la Diputación provincial, los diputados Manuel de Burgos Mazo, Vicente Ferrer Ramírez Cruzado, Antonio García Ramos y Luciano Vázquez Zarandicta. El gobierno central designó a Manuel García Viejo (arcipreste), Pedro García Jalón, Guillermo Sundheim y Matías López Oller; y la Junta de Comercio y la Industria a José García de Corte y José Marchena Colombo. Por último, la Sociedad Colombina Onubense nombró como representantes en la junta a Emilio Cano y Cáceres, Adolfo Sundheim Linderman, Emilio Sánchez y José García Cabañas²⁸.

La Junta se dividió en subcomisiones que se repartieron los enojosos preparativos. Una de las principales preocupaciones fue la de buscar alojamiento para los numerosos visitantes y delegados nacionales y extranjeros que se esperaban para las conmemoraciones colombinas, que se agrupaban en torno a las dos fechas míticas: el 3 de agosto, día de la partida de las naves, y el 12 de octubre, jornada en la que se avistó una desconocida isla en el Atlántico. Los organizadores no solo buscaron solemnizar ambas jornadas al máximo nivel, sino llenar los días que las separaban con otros eventos. Así se sucedieron los juegos populares, las retretas militares, los recibimientos, los banquetes, los bailes, las regatas, las carreras de caballos, las desvelaciones de lápidas conmemorativas, las misas, los actos de caridad, etcétera. La influencia inglesa inspiró las veladas de boxeo y las competiciones de críquet. Uno de los actos más concurridos fueron las fiestas escolares en los últimos días de agosto. A principios de septiembre se aprovecharon los festejos religiosos en honor de la patrona, la Virgen de la Cinta, para darle nuevos contenidos colombinistas. Pero ninguno de estos actos pudo compararse con las celebraciones cercanas al 3 de agosto y al 12 de octubre, ya que los actos tuvieron, con el apoyo del gobierno canovista, un eco nacional e internacional sin parangón.

IV. Un tres de agosto universal

El primer acto de trascendencia nacional e internacional del IV Centenario fue la conmemoración de la partida de la nao *Santa María* y de las carabelas *Pinta* y *Niña* el 3 de agosto. El acto anual celebrado por la Sociedad Colombina Onubense, desde su fundación en 1880, para conmemorar la salida de las carabelas, se convirtió en 1892 en el primer acontecimiento centenario²⁹. Es necesario tener en

²⁸ A esta Junta le antecedió una comisión más amplia que ideó originales propuestas de conmemoración, aunque muchas de ellas fuera del presupuesto o del tiempo necesario para realizarlas.

²⁹ No siempre se pudo celebrar. Por ejemplo, en 1890 se suspendieron los actos a causa de la epidemia del cólera. El certamen literario convocado quedó sin cambios para celebrarse el año siguiente.

cuenta tanto la evolución del título del centenario (de Colón al Descubrimiento del Nuevo Mundo), como el inicio de los festejos italianos el 10 de junio, festividad de san Cristóbal, para comprender la reacción de la Junta, elevando a nivel oficial el 3 de agosto y encargando a la Armada la celebración de una gran ceremonia marítima en la que participaron buques de guerra de varios países. Otros muchos excusaron su asistencia por la tardanza en la invitación, que el ministro de Estado envió el primero de julio, a tan solo un mes del evento. Los invitados fueron Francia, Alemania, México, Argentina, Uruguay, Chile, Perú, repúblicas centroamericanas, Colombia, Portugal, Inglaterra, Austria, Suecia y Noruega, Grecia, Turquía, Holanda, Estados Unidos e Italia.

Una crónica de las conmemoraciones comenzaría con la salida de Madrid de José María Beránger, ministro de Marina, el 27 de julio de 1892, acompañado de los también generales Delgado Parejo y Bermejo, el primero director de personal del ministerio de Marina y el segundo jefe de la Armada. Le seguían el marino e historiador Cesáreo Fernández Duro, Manuel Mozo y los senadores Magaz y Fabra. La comisión oficial llegó a San Fernando el 28, visitando al día siguiente la carabela *Santa María*, construida para dar mayor solemnidad a los actos centenarios. El 30 de julio, el ministro y sus acompañantes se trasladaron a Cádiz en el *Lepanto*, recibiendo los honores de ordenanza de las escuadras allí fondeadas, entre las cuales se hallaban ya la francesa, la inglesa y un crucero mexicano. A esta misma ciudad llegó un día después la *Santa María* en medio de un constante cañoneo. La carabela, comandada por el capitán de fragata Víctor Concas, fue remolcada por el *Joaquín de Piélagos* y escoltada por el *Legazpi*. Posteriormente fue trasladada al puerto de Huelva, acompañándola en su viaje los buques *Legazpi*, *Isla de Luzón*, *Isla de Cuba*, *Temerario*, *Cocodrilo*, *Arlanza*, *Cuervo*, *Nautilus*, *Scout*, *Mirondelle* y los torpedos ingleses nº 47 y nº 48. Mientras tanto, el acorazado portugués *Vasco de Gama* y la representación norteamericana anclaron en Cádiz, sumándose al Centenario. A las dos de la tarde recibió la capital onubense a la *Santa María* y al resto de los buques nacionales y foráneos que la escoltaban, iniciándose diversos actos (misa de campaña, desfiles, banquetes, recepciones, retretas, etcétera), en los que participaron numerosos vecinos y foráneos.

Sin duda, los dos momentos más importantes fueron la velada literaria y artística y la ceremonia naval del 3 de agosto, aniversario de la salida de las naves: “A la primera claridad –escribe el historiador Fernández Duro– se oyó el ruido de las cadenas de las anclas que los buques llevaban; rompió la marcha el *Legazpi*, de la insignia del Ministro, siguióle la *Santa María* remolcada, y al aparecer el sol entre cortinas se izaron en la altura de la Rábida las banderas de todas las naciones americanas, saludándolas las baterías en tierra, y en la mar la primera, la capitana de Colón con sus lombardas. Formóse prontamente la escuadra internacional de cruceros, saliendo majestuosamente por la barra en dirección a la doble línea en

que estaban los acorazados. Llegando a la cabeza, la *Santa María* desplegó las velas en que estaba pintado el signo de la redención ...”³⁰.

Tomaron parte en la ceremonia treinta y cinco naves, de las cuales dieciocho eran extranjeras y solo dos llegadas de Hispanoamérica: una de México y otra de Argentina. Para Sánchez Moguel: “lo que despertaba más vivo entusiasmo entre los espectadores de este espectáculo imponente era la majestad de la manifestación de respeto y cariño tributados a España por las armadas extranjeras, señaladamente la italiana”. Esta nación envió cuatro barcos: *Lepanto*, *Duilio*, *Bausan* y *Dogali*, siendo junto a Inglaterra la más representada³¹. Fernández Bremón la describía así: “Día glorioso, fiesta naval inolvidable, que borra la idea de todas las luchas de cuatro siglos, y hace que las máquinas de guerra fabricadas para la lucha se conviertan en instrumentos de fiesta y cortesía en que todas las naciones celebran un progreso humano que a todos los pueblos honra y favorece”³². Resultó, por tanto, salvo pequeños fallos del programa, un completo éxito que recogieron todos los periódicos españoles y extranjeros. Juan Ramón Jiménez recordó en “Moguer” la ceremonia: “Su tío abuelo no tenía otra cosa que hacer que estar vestido de almirante en medio de su barco. Y su barco, su buque estaría aquella tarde de carnaval en la solitaria y hermosa altamar de la fiesta terrestre, tan lejos y al lado, sin embargo, de Moguer, casi en Palos, casi en Punta Umbría, casi en la boca de la Barra, pero mucho más allá también, quizás en aquel sitio azul y profundo, bandera roja y amarilla, nubes blancas, en que él, desde el *Conde de Venadito*, vio desfilar, un mediodía universal de agosto, los buques de guerra, colores y músicas de todos los países, cuando el centenario de Colón”.

El alcalde de Palos, Juan Manuel Prieto Romero, dirigió telegramas, fechados en una de las celdas de La Rábida, al Papa León XIII, a los presidentes de las repúblicas iberoamericanas y a varios soberanos europeos³³. Otro acontecimiento memorable fue el bautizo de los cañoneros *Audaz* y *Rápido*, que pasaron a llamarse *Pinta* y *Niña*³⁴. Retretas, banquetes, bailes, concursos de bandas, veladas literarias,

³⁰ Cesáreo Fernández Duro, “Reseña crítica del Centenario”, *La España Moderna*, agosto de 1892, p. 183.

³¹ Antonio Sánchez Moguel, “La fiesta en Huelva”, *La Ilustración Española y Americana*, XXIX, 8 de agosto de 1892, p. 70.

³² José Fernández Bremón, “Crónica General”, *La Ilustración Española y Americana*, XXIX, 8 de agosto de 1892, p. 66.

³³ Federico Montaldo escribió en la *Revista General de Marina*: “Si los telegramas honrosísimos de Su Majestad y las felicitaciones generales de la nación entera necesitaran algún complemento para el digno almirante Beránger y para la ilustre corporación que representa, bien pudieran hallarlo una y otra con la satisfacción que proporciona, y que en este caso puede ser completísima, el cumplimiento del deber por parte de todos y con honra y prepara la Armada”, Federico Montaldo, “El Centenario. Preliminares Marítimos”, *Revista General de Marina*, XXXI, cuaderno 2º, agosto de 1892, p. 205.

³⁴ Las reproducciones de la *Pinta* y la *Niña*, financiadas por el gobierno norteamericano, se construyeron en los astilleros Hayne de Barcelona al mismo tiempo que se levantaba la *Santa María* en La Carraca (Cádiz).

regatas y otros festejos ocuparon el tiempo de la comitiva del general Beránger hasta el día 6 de agosto, fecha en la que regresaron a Madrid. En algunas reseñas se muestra el asombro por el derroche de luz: focos eléctricos que alumbraban las naves, luces que adornaban las calles y fuegos artificiales que hicieron de la noche día. También los periódicos destacaron la inauguración de los festejos, el 2 de agosto, con pregoneros vestidos a la usanza del siglo XV –los cuales declamaron un romance de José María de Luna- y la bendición del nuevo pendón-bandera de la ciudad de Huelva. Muy aplaudida fue la llegada de una representación del ayuntamiento de Sevilla con el histórico pendón de San Fernando, y, entre las anécdotas, hay que destacar el plantón del cura de Palos al ministro de Marina y a los comandantes españoles y extranjeros que se reunieron en La Rábida para celebrar una misa la mañana del día 2. A don Manuel Murciano nadie le había avisado y estaba fuera de su parroquia.

Otro aspecto interesante de las fiestas agosteñas fue la falta de calidad de los trabajos presentados a los premios literarios convocados por la Sociedad Colombina Onubense. El fallo se dio a conocer en una gala celebrada la noche del 2 de agosto en el Hotel Colón. Todos quedaron desiertos a excepción del tema cuarto, titulado *Estudio acerca de la población de América en general, expresando las inmigraciones y cambios operados en la misma desde los tiempos prehistóricos hasta la llegada de Colón a dicho continente*, que ganó el escritor Emilio Blanchet. El resto de los temas propuestos es una buena cala de los gustos literarios del momento y de los temas que interesaban cultural y políticamente: 1º Una oda a la Unión Ibero-Americana; 2º Himno a los descubridores del Nuevo Mundo, para canto, con acompañamiento de orquesta; 3º Canto épico al descubrimiento del Nuevo Mundo; 5º Juicio crítico sobre la intervención que tuvo en el descubrimiento del Nuevo Mundo el guardián de la Rábida conocido por fray Pérez de Marchena y noticias bibliográficas acerca de este célebre personaje; 6º Examen crítico sobre el sistema de colonización de los españoles en América y sobre sus ventajas e inconvenientes respecto del empleado por otras naciones de esta región del globo; y 7º Memoria bibliográfica en que apareciesen por orden cronológico los trabajos o estudios históricos y geográficos referentes a Colón y al descubrimiento del Nuevo Mundo³⁵.

El aumento de actos obligó a trasladar la función religiosa que anualmente financiaba la Sociedad Colombina Onubense al día 4, celebrándose en la iglesia de la Merced en lugar de su lugar tradicional: el convento de La Rábida. Ante la respuesta negativa de los prelados españoles, el obispo de Gibraltar celebró la misa. Un tema anecdótico fue el descubrimiento de una descendiente de los

³⁵ *El Porvenir*, 10 de diciembre de 1891, pp. 1-2.

Pinzones, llamada Joaquina García Pinzón, hija de un marinero onubense, que fue obsequiada con unas monedas para el traje de novia. Todos estos detalles fueron recogidos en la prensa nacional e internacional, pues los lectores, expectantes desde hacía años, estaban anhelantes de noticias de la lejana Huelva. La presencia política, si bien no fue al máximo nivel (como en octubre), sí fue muy importante. El 30 de julio llegaron a Huelva Nuñez de Arce, Justo Zaragoza, Rada y Delgado, Ortiz de Pinedo, Sánchez Moguel y Vicente, y los diplomáticos Riva Palacio, de México, De Roches, de Haití, Mac Nutt, de Estados Unidos, Escoriza, de Santo Domingo, y Gaibrois, de Colombia.

La protagonista de la fiesta naval de agosto en Huelva fue, sin duda, la *Santa María*, es decir, la reproducción realizada por la Armada de la nave capitana de Cristóbal Colón. Su figura se convirtió en el símbolo del IV Centenario, apareciendo en grabados, carteles, programas y miles de artículos de recuerdo que el mercantilismo decimonónico puso a disposición del visitante. Aunque los estudios acerca de la histórica nave habían ya comenzado en los años anteriores³⁶, fue la petición norteamericana de modelos para construir las tres carabelas lo que decidió al gobierno español, por decoro patrio, a reproducir en tamaño, forma, aparejo y otras particularidades, la nave capitana de Colón. El 25 de febrero de 1892, una real orden expedida por el Ministerio de Marina ordenó la construcción de la histórica nave, cuyo costo se estimó en 125.073 pesetas³⁷.

Los primeros trabajos se debieron a una Junta compuesta por el general de ingenieros Casimiro Bona, el capitán de navío Cesáreo Fernández Duro, el artista Rafael Monleón y el capitán de fragata Emilio Ruiz del Árbol, que contaba con el concurso de los académicos de la Historia Aureliano Fernández Guerra y Rada y Delgado. Aprobados por ella los planos, modelos, porte, tonelaje y demás, se encomendó la realización de tan perentorio y delicado trabajo a una comisión ejecutiva, compuesta por Fernández Duro como presidente, Francisco Cardona, teniente de navío de primera, el restaurador Monleón, el contador Gómez Símico y el ingeniero Leopoldo Puente Wilke. Bajo la dirección de este último, jefe de la tercera agrupación del arsenal de La Carraca, se levantó la *Santa María* con gran eficacia y rapidez, botándose el 26 de junio (a falta de la arboladura y la artillería)³⁸ tan sólo sesenta y tres días después de su inicio. Fernández Duro comentaba en *La España Moderna*: “Tienen puesta la vista en ella los marinos de todas partes, porque es el de la restauración, alarde arqueológico no vulgar. Al mismo tiempo

³⁶ Rafael Monleón, *Restauración hipotética de las carabelas de Cristóbal Colón*, Madrid, Imp. de Infantería de Marina, 1891.

³⁷ El 24 de marzo de 1892 se aprobó dicha cantidad en el Senado, aunque la cifra final, descontados los jornales y algunos materiales, disminuyó hasta las 42.359 pesetas.

³⁸ La arboladura y la artillería se colocó en San Fernando, desde donde partió la *Santa María* rumbo a Cádiz antes de salir, el 31 de julio, hacia Huelva.

que aquí, se han hecho estudios teóricos en los Estados Unidos de América y en Italia. En Génova está encargado de construir modelos el capitán D'Albertis, que al efecto escribe una obra titulada *Arte nautica ai tempi di Colombo*; en Portugal se forman, por orden del Gobierno, otros modelos de las naos de Vasco de Gama, y habrá de ser, por tanto, la nuestra, objeto de análisis y crítica ilustrada”³⁹.

Rafael Monleón consideró las carabelas como naos comunes, aunque ligeras y sin grandes diferencias esenciales entre ellas: “Las carabelas de Colón eran mayores que lo que vulgarmente se cree, de marcha rápida, de construcción sólida, con castillos alterosos a proa y a popa, tres palos verticales y bauprés, aparejo redondo en el mayor y trinquete, latino en la mesana y cebadera sin foques en el bauprés”⁴⁰. A pesar de haber trabajado con la mayor escrupulosidad y rigor científico: “No se puede exigir en estos trabajos una exactitud rigurosa (...) pues siempre quedan algunos detalles incompletos y algunas dudas que resolver (...)”⁴¹. Al margen de esta cuestión, hay que destacar la aparición de diversos estudios relativos a la tripulación, armamento y vida en las carabelas gracias a las investigaciones de Cesáreo Fernández Duro⁴².

V. Los reyes en La Rábida.

Las conmemoraciones oficiales del 12 de octubre de 1892 se dispusieron en torno al periplo de Alfonso XIII y la Reina Regente, doña María Cristina de Austria, por diversas ciudades andaluzas. De esta forma, la región se convirtió en foco informativo nacional e internacional, pues como señaló José Alcalá Galiano: “Nunca celebración más universal ha conmovido al mundo, porque nunca se ha conmemorado hecho más trascendental y culminante en la vida histórica de las humanas criaturas”⁴³. La decisión de la gira regia por Andalucía de Alfonso XIII y María Cristina de Austria se tomó a finales de 1891. En una carta publicada por *El Liberal* de Madrid el 2 de enero de 1892, Emilio Sánchez, vicepresidente de la Sociedad Colombina, señaló que: “Es cosa decidida la visita a esta población de la corte para el mes de octubre venidero. Dentro de pocos días saldrá para esa una comisión del Ayuntamiento y junta ejecutiva de festejos, con el objeto de

³⁹ Fernández Duro, Cesáreo, “Reseña Crítica del Centenario”, *La España Moderna*, Madrid, julio de 1892, p. 201. *La nao Santa María. Memoria de la comisión arqueológica ejecutiva*, Madrid, Progreso editorial, 1892.

⁴⁰ Monleón, Rafael, “Las carabelas de Colón (I)”, *El Centenario*, I, p. 59.

⁴¹ Monleón, Rafael, “Las carabelas de Colón (II)”, *El Centenario*, I, p.127.

⁴² Cesáreo Fernández Duro, “Armamento de las carabelas de Colón”, *El Centenario*, I, 1892, pp. 197 y ss.; “Tripulación de la nao Santa María y de las carabelas Pinta y Niña”, *El Centenario*, I, p. 483 y ss. “La vida en las carabelas de Colón”, *El Centenario*, III, p.1 y ss.

⁴³ Alcalá Galiano, José, “La semana colombina en Nueva York”, *El Centenario*, III (1893), p. 303.

visitar a la regente y gestionar la aprobación de un cuartel, casa-ayuntamiento, mercados y otros edificios de reconocida necesidad, además de los asuntos referentes al Centenario”. Es significativa la reflexión que acompaña, pues afirma que las peticiones de Huelva se imponen: “más que en un espíritu de región, en el plausible móvil de dejar en el lugar que merece el crédito y buen nombre de nuestra patria”.

A lo largo del año fue creciendo la expectación por el trazado del periplo. Por ejemplo, *El Defensor* de Granada publicó el 29 de julio la noticia del recibimiento en la alcaldía de una carta de Cánovas en la que aseguraba la visita de la reina a aquella ciudad. Cinco días más tarde, y coincidiendo con el aniversario de la partida de las tres carabelas descubridoras, *El Liberal* publicó el primer esbozo del trayecto real: “Se espera que la reina llegará a Madrid, desde su retiro veraniego de San Sebastián, hacia el 25 de septiembre para inaugurar la Exposición General de Bellas Artes (y no como se esperaba el 15 en un primer momento) y el 28 del mismo mes las Exposiciones Histórico-Americana e Histórico-Europea. Hacia el 30 de septiembre se iniciará el periplo andalusí. Su itinerario no está fijado aún de una manera precisa, y por consecuencia, no puede determinarse todavía el orden en que visitará la más importantes ciudades de aquella región; pero se sabe que permanecerá algunas horas en Jaén, un día en Córdoba, dos en Málaga, dos en Granada, dos en Sevilla, y que de esta capital andaluza marchará a Cádiz para trasladarse por mar a Huelva, donde habrá de llegar el 11 al mediodía”⁴⁴.

Un mes más tarde, el mismo periódico anunciaba nuevas modificaciones: Sevilla sería la primera etapa, después Cádiz y Huelva, y por último Granada, con una duración total de quince días. La ausencia de Málaga en la visita regia motivó gestiones de Romero Robledo para, al menos, instalar en Bobadilla una Exposición provincial y detener por algunas horas el convoy real. El resto del programa se fue precisando a lo largo del mes de septiembre, pero quizás lo más importante fue la decisión canovista de adelantarse a la familia real para: “preparar convenientemente su recepción y evitar, en lo posible, que haya deficiencias u omisiones”⁴⁵. El presidente del gobierno llegó a Huelva el 4 de octubre, recibiendo numerosas muestras de gratitud por parte de los vecinos, las sociedades y las corporaciones locales y provinciales. El día siguiente se trasladó a La Rábida, donde felicitó al arquitecto Velásquez, restaurador del monasterio, y a Moliné y Francisco Terán, constructores del muelle de acceso. Entre otros asuntos, también se preocupó, durante estos primeros días de octubre, de preparar el Congreso de Americanistas, cuyo desarrollo estudiaré a continuación.

⁴⁴ “La Regente en el Centenario”, *El Liberal*, Madrid, 3 de agosto de 1892.

⁴⁵ *El Liberal*, Madrid, 4 de septiembre de 1892.

Pero antes me detendré en el viaje de la familia real, que tuvo dos etapas diferentes. Durante la primera, del 7 al 13 de octubre, el niño-rey y la Reina Regente, acompañados por la Princesa, la infanta Teresa y numerosos acompañantes visitaron Sevilla, donde la comitiva real pernoctó el día 8, para llegar a Cádiz al día siguiente, donde se les ofreció un Te Deum en la catedral y recepción en la Casa consistorial. De madrugada, embarcaron en el crucero *Conde de Venadito* con destino a Huelva, a cuya ciudad arribaron el día 10 en medio del entusiasmo popular. La segunda etapa se desarrolló del 13 de octubre al 4 de noviembre. Durante este tiempo, la familia real se detuvo en la ciudad de Sevilla a causa de la enfermedad del rey Alfonso XIII⁴⁶. Durante la estancia se desarrollaron diversos actos: retretas militares, recepciones, funciones de gala, inauguraciones, visitas culturales, etcétera. La Regente también recibió a los prelados asistentes al Congreso Católico, inaugurado el día 18 en la iglesia de El Salvador. La enfermedad del rey aplazó las conmemoraciones de Madrid y Granada. En esta última ciudad, el desistimiento de la corte de presidir la inauguración del monumento de Benlliure dedicado a la reina Isabel, enviando a tres ministros en su representación, provocó una oleada de disturbios y dimisiones, entre ellas la del alcalde. El incidente fue criticado por los republicanos y algunos periódicos liberales, que vieron la forma de ensombrecer la labor de Canovas⁴⁷.

Pero volvamos a las conmemoraciones centrales. El 10 de octubre, la familia real salió de Cádiz a bordo del *Conde de Venadito*⁴⁸, que fue escoltado por los barcos españoles *Pelayo*, *Reina Regente*, *Victoria*, *Alfonso XII*, *Isla de Cuba*, *Isla de Luzón*, *Temerario* y *Cuervo*, el portugués *Bartolomé Díaz*, el mexicano *Zaragoza*, los italianos *Vesubio*, *Piamonte* y *Partenope*, los franceses *Amiral Baudin*, *Vautour* y *Dragon*, el alemán *Princesa Wilhem*, el inglés *Amphion*, el ruso *Arzowas*, el norteamericano *Newark*, el austro-húngaro *Kaiser Franz Joseph* y los mercantes *Alfonso XIII*, *Montevideo*, *Cabo Silleiro*, *Miguel Sáenz* y *Santa María* de la Compañía Trasatlántica. A ellos se les unió el *Legazpi*, que llevaba a Cánovas del Castillo, varios ministros, las autoridades locales, el arzobispo de Sevilla y los congresistas, quienes rindieron honores a los pasajeros reales en la barra de Saltes. La Reina Regente, Alfonso XIII y sus hermanas desembarcaron en el muelle de La Rábida y visitaron la iglesia del monasterio, donde el arzobispo de Sevilla cantó un Te Deum. La noche la pasaron en el barco.

⁴⁶ Sobre los preparativos sevillanos y los actos programados por la detención de la familia real en la capital hispalense, véase Olga Abad Castillo, *El IV Centenario del Descubrimiento de América a través de la prensa sevillana*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1989.

⁴⁷ *Revista Contemporánea*, t. XXXVIII, Madrid, 15 de noviembre de 1892, pp. 200-201.

⁴⁸ El *Conde de Venadito* se diseñó como crucero de guerra. Su construcción se realizó en Cartagena en 1891, convirtiéndose en 1891 en el yate real. El crucero se convirtió en una lujosa embarcación con luz eléctrica.

El martes 11 de octubre, la Regente desembarco por la mañana para visitar la iglesia de la Concepción, y a la una de la tarde se trasladó con sus hijos al salón de la Diputación, donde tuvo lugar una solemne recepción a todas las autoridades presentes. Finalizada esta, la familia real tomo asiento en una tribuna de la plaza de la Merced para contemplar una procesión cívica con el siguiente orden: piquete de la Guardia Civil, heraldos, trompeteros y timbaleros disfrazados de época, tres carrozas alegóricas, representando la Vinicultura, la Agricultura y la Minería, comisiones de los pueblos de la provincia, delegaciones de los ayuntamientos de Medellín, Lobon, Trujillo, Huelva, Madrid y Génova, Diputación provincial y el gobernador señor Carazony con una columna de honor. Terminado el desfile, la Regente presidió la sesión de clausura del IXº Congreso Americanista.

La presencia real dio mayor realce si cabe a la sesión de clausura del congreso. En nombre de los participantes tomó la palabra el barón de Nordenskiöld, quien declaró que: “La hospitalidad real y la grandiosa recepción que hemos encontrado en este país, que ha visto ya cumplirse cuatro siglos del mayor acontecimiento de la historia moderna, dejará en nuestro corazones un recuerdo imborrable.”⁴⁹. A continuación, Antonio María Fabié, presidente del congreso, hizo un resumen de los trabajos presentados, destacando la participación femenina y la presencia de los representantes de Francia, Italia e Hispanoamérica. Clausurado el evento, la Regente saludó a varios americanistas, en particular a las mujeres, como la escritora colombiana Soledad Acosta de Samper o la condesa de Ouvaroff, presidenta de la Sociedad de Arqueología de Moscú. Por la noche, los congresistas fueron obsequiados con una fiesta en los jardines y salones del mismo Hotel Colón, y al día siguiente acudieron a la inauguración del monumento levantado frente al convento de La Rábida.

A las once de la mañana del 12 de octubre de 1892, el *Conde de Venadito* trasportó a la familia real hasta el muelle de La Rábida, escoltado por numerosos barcos invitados al IV Centenario. El alcalde de Palos de la Frontera los recibió y los acompañó a la iglesia del monasterio, donde se entonó un Te Deum presidido por el arzobispo de Sevilla y los obispos de Badajoz y Lugo, ambos franciscanos. A continuación ocuparon sus asientos en una tribuna levantada frente al monumento al Descubrimiento de América, en la explanada contigua al convento de La Rábida. Consistía en una gran columna de 62'5 metros de altura, dividida en tres cuerpos, que diseñó el arquitecto Ricardo Velásquez Bosco⁵⁰. Tras exponer el presidente

⁴⁹ El barón de Nordenskiöld fue uno de los más famosos exploradores del siglo XIX. Realizó tres expediciones al Polo Norte. En 1876 descubrió una isla en la desembocadura del Yenisei, que llamó Sibiriakoff. Fue el primero que circunnavegó el Polo Norte.

⁵⁰ El primer cuerpo lo constituía el basamento con la escalinata, el segundo era de forma exagonal con las proas de las naos colombinas y la tercera era una columna, que remataba un globo terráqueo, una corona y una cruz. El monumento se labró en mármol blanco de las canteras de Fuente Heridos (Huelva). La obra fue inspirada en una artículo de Cesáreo Fernández Duro

de la Sociedad Colombina los grandes esfuerzos de la ciudad para llevar a buen término el programa del Centenario, el obispo de Lugo agradeció la restitución del convento a su orden, el arzobispo bendijo el monumento y Su Majestad, por último, descubrió la lápida diseñada en su base. En representación de las naciones hispanoamericanas, el uruguayo Zorrilla de San Martín pronunció un discurso donde proclamó el reconocimiento y amor hacia España, y alentó la fraternidad de todos los pueblos nacidos de la gesta colombina. Con un lenguaje poético y evocador, logró emocionar a los presentes con una oratoria muy apropiada para el momento: “Ved aquel caserío que comienza a blanquear en lo alto de aquella loma verde, que termina en las barrancas grises: es el puerto de Palos de Moguer. El campanario va a tocar el Ángelus de mediodía, el Ángelus de aquella mañana que tan bien conocéis, de la mañana del viaje, del más memorable de los viajes emprendidos por los hombres; estos tipos populares que estamos viendo en esta región de España, esos hombres que me miran y me escuchan, y a quienes miro a mi vez con una intensidad que ellos no comprenden quizá, son los mismos calafates y marineros que construyeron hace cuatro siglos aquellos barcos sagrados...”⁵¹.

Tras la inauguración del monumento, la familia real volvió al interior del convento, donde la Reina Regente firmó los siguientes decretos: proyecto de ley para declarar fiesta nacional el aniversario del Descubrimiento, autorización de residencia en el convento de La Rábida a favor de la orden de San Francisco, concesión del Toisón de Oro al duque de Veragua, tratamiento de excelencia a las ciudades extremeñas en las que nacieron Hernán Cortés, Núñez de Balboa y Francisco Pizarro, recompensa al arquitecto restaurador, Ricardo Velásquez, al ingeniero Molini y a algunos de los almirantes de las escuadras extranjeras y, por último, cinco indultos de pena de muerte. El 13 por la mañana, la Regente y sus hijos abandonaron Huelva con destino a Sevilla.

La presencia de la corte y las distintas conmemoraciones centenarias preparadas en la región andaluza a lo largo del Centenario motivaron la llegada de gran cantidad de visitantes, y lo que es más importante, numerosos representantes de naciones hispanoamericanas –que junto a Italia y Portugal fueron invitadas oficialmente–, congresistas, miembros de comités nacionales e internacionales del IV Centenario y otras personalidades. Junto a ellos, numerosos periodistas

de 1875, quien propuso para gloria de Colón: “una columna de 50 o más metros, soportando un hemisferio de oro que rematará con el signo de la Redención” (*La Ilustración Española y Americana*, 22 de mayo de 1875).

⁵¹ Citado por María del Milagro Caballero, “Juan Zorrilla de San Martín en la encrucijada del IV Centenario del Descubrimiento de América”, en *Andalucía y América en el siglo XIX*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos- Universidad Hispanoamericana Santa María de La Rábida-Excelentísima Diputación de Huelva-Caja Provincial de Ahorros de Huelva, 1986, vol. II, pp. 105-125: 119-120. El discurso se tituló “El mensaje de América” y se publicó en Juan Zorrilla de San Martín, *Conferencias y Discursos*, prólogo de Benjamín Fernández y Medina, Montevideo, Bertrán y Castro, 1905 (2ª edición).

que informaron ampliamente –tanto en las publicaciones nacionales como internacionales- de la evolución de los distintos acontecimientos. Pero las plazas hosteleras fueron insuficientes para atender las numerosas peticiones, aunque se había inaugurado el célebre Hotel Colón para alojar a los participantes en el IX Congreso Americanista. En cuanto a los transportes, la demanda fue atendida con la puesta en servicio de nuevos trenes, como el Centenario Exprés.

En general, el periplo fue un auténtico éxito tanta para la institución monárquica como para la popularidad del presidente Cánovas, siempre por debajo de su rival Sagasta. El periódico republicano *El Demócrata* señalaba: “Los periódicos ministeriales están estos días que no caben en sí de gozo. El sumo pontífice de la iglesia conservadora, el gran estadista continuador de la historia de España, el exmonstruo de las presentes edades, el político eximio coreado con pitos en Barcelona, Zaragoza, Madrid y Sevilla, acaba de ser agasajado en Huelva”⁵². Otro periódico de esta misma tendencia, *El País de Madrid*, calificó el Centenario de repugnante y vergonzoso, fiesta de derroche, y criticó la identificación entre Centenario y Trono: “La capital de España es un cuerpo sin alma no estando en ella la corte, porque aquí las autoridades consideran como su principal, casi su único deber, pasar el tiempo adorando al ídolo de la monarquía y cuidarse más de ser gratos a ésta, que de mirar por el prestigio, el bienestar y los intereses del pueblo que administran”⁵³. Y en otro editorial titulado “Centenario de los Disgustos” denunciaba que: “Todo lo que viene ocurriendo desde hace un mes es repugnante y vergonzoso. Se ha querido llamar fiesta conmemorativa lo que no es más que una fiesta de derroche, lo que no es más que un pretexto para una gran rapiña, lo que no es más que rendir al nombre glorioso del representante más genuino de la prosperidad y la grandeza de nuestra patria, el vergonzoso homenaje de nuestra incapacidad y nuestra miseria”⁵⁴.

Por su parte, los periódicos liberales centraron sus censuras en distintos detalles de la organización –como el empleo por parte de Cánovas del himno real y el adelantarse a la corte en sus desplazamientos--, y en desmentir los grandes recibimientos al jefe del Partido Conservador. Una editorial de *El Imparcial* resume el sentir de los liberales: “Se ha pasado”⁵⁵. Pero no pudieron desmentir el éxito de los actos onubenses, que los periódicos conservadores difundieron con profusión de detalles. La *Época* señaló que: “El señor Cánovas del Castillo recibió desde Madrid a Huelva pruebas ostensibles del mayor respeto y cariño. Pero a *El Imparcial*

⁵² *El Demócrata*, nº 1.169, Madrid, 7 de octubre de 1892.

⁵³ “Sin Programa”, *El País*, nº 1963, Madrid, 14 de octubre de 1892.

⁵⁴ “Editorial”, *El País*, Madrid, 16 de octubre de 1892.

⁵⁵ “Se ha pasado”, *El Imparcial*, Madrid, 7 de octubre de 1892.

le conviene, sin duda, decir las cosas a medias, y he descubierto que aquel ilustre político fue recibido fríamente. ¡Qué lastima que el cronista que cantó las glorias del viaje del Señor Sagasti no hubiera ido a Huelva ahora!⁵⁶. Otra publicación, la Revista Contemporánea, señalaba que las fiestas en torno al viaje han servido para demostrar las simpatías de la prensa europea hacia el Cánovas del Castillo y que: “no puede considerarse como un hecho sencillo y sin trascendencia par nuestra política exterior”⁵⁷.

VI. El Noveno Congreso Americanista (Palos de la Frontera-Huelva, 1892)

Uno de los grandes esfuerzos políticos, económicos y culturales de la España de 1892 fueron los congresos celebrados a lo largo del año del centenario. En su conjunto, hay que considerarlos un gran acontecimiento hispanoamericanista y el primer intento completo y serio de analizar la problemática de las relaciones culturales, sociales y comerciales de España con las naciones hispanoamericanas. En total fueron once (Americanista, Pedagógico, Geográfico, Jurídico, Mercantil, Militar, Literario, Africanista, Librepensador, Espiritista y Católico), al que hay que añadir otros dos proyectados (Oriente y Médico). El más importante de todos fue el Americanista, inaugurado el 7 de octubre de 1892 en La Rábida. En Madrid se había celebrado años antes, en 1881, el IV Congreso, pero en esta ocasión, por lo simbólico de la fecha, se reunieron en Huelva buena parte de los mejores americanistas del momento⁵⁸.

Los principales objetivos de los congresos americanistas fueron examinar, deliberar y ahondar en el conocimiento del continente americano, progresando de acuerdo con los métodos y disciplinas positivas para establecer un corpus de verdades científicas. La segunda mitad del siglo XIX fue fructífera en investigaciones de campo y en la búsqueda de documentos en los archivos del Nuevo y Viejo Mundo, que poco a poco fueron desterrando las hipótesis fantásticas y los datos novelados que predominaban en la literatura americanista. Los nuevos conocimientos se fueron imponiendo progresivamente, pero tuvieron que convivir durante varios años con teorías descabelladas e irreales.

⁵⁶ *La Época*, Madrid, 5 de octubre de 1892.

⁵⁷ *Revista Contemporánea*, tomo LXXXVIII, Madrid, 30 de octubre de 1892, p. 200.

⁵⁸ En Huelva estuvieron, entre otros, Lucien Adam, Guido Cora, Ricardo Palma, Desiré Pector, Manuel María Peralta, Coello y Quesada, Gustave Hellmann, Barón de Nordenskiöld y Ernesto Restrepo Tirado.

La primera petición para que Huelva fuese sede de un congreso americanista la realizó Lorenzo Castellano en nombre de la Sociedad Colombina Onubense el 24 de agosto de 1883 en el Consejo Central del V Congreso Americanista, celebrado en la ciudad de Copenhague. Entonces se impuso la candidatura de Turín, lugar que acogió el VI Congreso, pero no a los dos años como era habitual, sino a los tres (1886). Los siguientes se celebraron en Berlín (1888) y París (1890), quizás los dos centros más activos del americanismo continental, siendo en la capital alemana donde se empezó a deliberar sobre la ciudad sede del congreso de 1892, que coincidía con el IV Centenario del Descubrimiento de América, cuestión que se resolvió finalmente en la capital gala el 17 de octubre de 1890. Confirmada España como organizadora del IXº Congreso Americanista, se creó en Madrid una Junta organizadora y una secretaría que coordinó los preparativos hasta mediados de septiembre de 1892.

Desde mediados de septiembre, el presidente Fabié y otros miembros de la junta se trasladaron a Huelva para diseñar el calendario de las sesiones y recibir a los congresistas. El día elegido para la inauguración fue el 7 de octubre, viernes, a las doce de la mañana en el monasterio de La Rábida. Pero antes de la apertura, los invitados se reunieron en la sala de juntas del Círculo Mercantil y Agrícola de Huelva, en una sesión preparatoria donde se constituyó la mesa, se designaron a los miembros del Consejo Central y se repartieron las instrucciones para la solemne inauguración. Todo se realizó con gran rapidez, pues los congresistas debían embarcarse en el vapor Luis Pinzón para trasladarse hasta el muelle de la Rábida.

A pesar de la lejanía de Huelva, el congreso tuvo un gran éxito de participación. Como señaló Justo Zaragoza, el número de suscriptores fue superior en mucho: “al de los más concurridos de sus predecesores, desde el que los inauguró en Nancy el año de 1875”. De Europa llegaron 114 congresistas. El mayor número de asistentes procedía de Francia (57) y de Alemania (19). De Italia llegaron nueve personas, de Suiza seis y de Rusia cuatro. Con tres congresistas participaron Suecia y Noruega, Inglaterra y Dinamarca, con dos, Bélgica, y con uno los Países Bajos y Austria-Hungría. A ellos se sumaron 167 españoles con la siguiente distribución geográfica: 122 de Huelva, 35 de Madrid, 3 de Barcelona, 3 de Cádiz y uno de las siguientes provincias: Badajoz, Granada, Valencia y Zaragoza. Por el significado de la fecha y el lugar de celebración era muy importante la presencia de delegados americanos. La cifra fue modesta, llegando un total de 36 personas: doce norteamericanos y veinticuatro iberoamericanos: seis de Colombia, tres de Costa Rica y el mismo número de Honduras y Perú, dos de Argentina y un representante de cada una de las siguientes repúblicas: Bolivia, Brasil, República Dominicana, México, Paraguay, Uruguay y Venezuela. El total de inscritos en el IX Congreso, entre españoles y extranjeros, fue de 317 personas.

Dentro de los delegados, hay que destacar a algunos de los mejores americanistas del momento, como el italiano Guido Cora, los alemanes Hellmann y Seler, y los americanos Zelia Nuttal y Stewart Culin, director del Museo de Arqueología y Paleontología de la Universidad de Pensilvania. Una figura atractiva fue el Barón A. E. Nordenskiöld, famoso por sus aventuras polares. De entre los hispanoamericanos, sobresalieron la escritora colombina Soledad Acosta de Samper, el peruano Ricardo Palma y el uruguayo Juan Zorrilla de San Martín. Todos ellos compartieron trabajos y celebraciones con los ponentes españoles y con un notable grupo de oyentes, muchos de ellos residentes en la ciudad y la provincia de Huelva. Para reunir a tan ilustre grupo de ponentes y delegados (algo normal en nuestra época, pero muy difícil a finales del siglo XIX), las compañías de ferrocarriles redujeron a la mitad el precio de los billetes y la Compañía Trasatlántica concedió dos pasajes gratuitos a cada una de las repúblicas americanas y la mitad del importe de los pasajes al resto de americanistas que se trasladasen a La Rábida.

La solemne inauguración, presidida por el líder conservador Cánovas del Castillo, se inició a las doce de la mañana, pronunciando el malagueño un discurso donde glosó la llegada de Colón a La Rábida, el auxilio allí recibido y la trascendencia de ese encuentro para el descubrimiento de América. En varios momentos de su discurso, Cánovas confesó a su auditorio la emoción que sentía por hablar en tan histórico edificio: “Por una de esas puertecillas, miradlas, sea la que quiera, entraron, a no dudar, Colón, el fraile y el médico de Palos, y en aquella conferencia, verdaderamente inaudita, se decidió de veras, si no la suerte del Nuevo Mundo, de todos modos destinado a ser descubierto, la anticipación enorme al menos de su descubrimiento deliberado y científico [...]” Cánovas, que había sido el artífice de que los actos centrales del IV Centenario se realizasen en La Rábida, se sentía plenamente satisfecho con su proyecto y, aunque sus palabras no hicieron más que repetir los episodios más conocidos de la historia colombina, transmitió a los congresistas la trascendencia histórica del lugar y de la fecha: “Todo esto lo sabéis cuantos me escucháis de sobra, y muchísimo más; pero ¿no es verdad que es gran gusto el hablar de ello y el oírlo entre estas paredes venerables?” Sus referencias a Colón fueron grandilocuentes y llenas de admiración, respondiendo los asistentes con entusiastas aplausos. Al presidente del gobierno le respondieron Lucien Adam, representante del gobierno de Francia, Sr. Hamy, que recordó la figura del presidente del congreso anterior (M de Quatrefages), recientemente desaparecido, y Guido Cora, italiano que volvió a exaltar al genovés y a su segunda patria: “italiano di nascita e di educazione, poi divenne spagnuolo per elezione e per riconoscenza”. En nombre de los representantes hispanoamericanos, Ricardo Palma agradeció la celebración del congreso, que sintetizaba, en su opinión, la verdadera fórmula del progreso en el siglo que vivían. Fuera de programa, Cánovas invitó a tomar la palabra al obispo de Badajoz, fray Francisco Sáenz de Urruti, voz franciscana que ensalzó la memoria de Colón y al convento franciscano paleño que le acogió, alentó y auxilió en su empresa. El acto inaugural terminó con un

almuerzo y un brindis a Colón, a fray Juan Pérez, al físico García-Hernández y al resto de marinos que contribuyeron al Descubrimiento.

Las sesiones de trabajo del Congreso Americanista se celebraron del sábado 8 al martes 11 de octubre. La última sesión fue la más solemne, presidida por la Reina Regente, María Cristina de Austria, y el pequeño Alfonso XIII. Como ya señalé, tomaron la palabra en la clausura el barón de Nordenskiöld en nombre de los asistentes, y Antonio María Fabié por los organizadores, quien hizo un resumen de los trabajos y manifestó la satisfacción: “con que todos vemos que una ilustre Reina, sucesora no solo por derecho, sino por la sangre, de la que tanto contribuyó y de la que puede decirse que fue la principal autora del gran suceso que conmemoran los tiempos modernos, venga aquí, honrándonos, a cerrar esta última sesión del Congreso IXº Americanista”. Por la noche, los congresistas fueron obsequiados con una fiesta en los jardines y salones del Gran Hotel Colón, donde se celebraban las sesiones, y al día siguiente fueron invitados a la inauguración del monumento levantado frente al convento de La Rábida.

Emocionados por el lugar y agasajados por las autoridades y los onubenses, los congresistas estuvieron encantados. La visita de los congresistas a Huelva, Palos y La Rábida fijó estas ciudades en la memoria americanista. Por unos días, la provincia concentró a los mejores investigadores del mundo en temas sobre el pasado del continente americano, constituyendo un hecho sin precedentes en la España finisecular.